

¡La rebelión estudiantil se justifica!

Sí. Pero se hacen necesarias algunas reflexiones con miras a generar inquietudes, en mentes ya normalmente inquietas, respecto a varios aspectos involucrados en torno al actual movimiento estudiantil, y más allá. Y hay que empezar por lo que llevó a su gestación: el *financiamiento* de la **educación superior** pública. La reducción del problema a esto, como ha sido en lo principal, ha llevado a que se reduzca también la concepción de la solución, por lo que les acabará con pañitos de agua tibia en el mejor de los casos.

Sí, la desfinanciación de la educación pública en general es de por sí un problema grande. Y es justo rebelarse contra la desidia y, más que eso, la decisión política de dejar que se crezca, que es la alternativa deliberada de quienes en realidad llevan la batuta (y el bolillo). Aunque la alternativa de «soluciones» (¿pañitos de agua tibia?) *dentro del mismo marco* de aquellos, no es la única. Lo de mejorar «cobertura y calidad», que requiere solucionar el problema de la financiación, pero va más allá, significa algo *muy distinto* dependiendo del marco (y el ámbito) en que se ponga.

Así que es preciso tener muy en cuenta que detrás del enfoque y los planes de Duque (y Santos, Uribe, etc.) en cuanto a educación (y más en general) hay intereses que *no* son los de la mayoría. Para las clases explotadoras y opresoras (¡qué pena con los que se molestan con el uso de estas palabras!, pero molesta más la realidad que expresan, y que *sigue ahí*) la cobertura de la educación superior y la calidad son las que necesitan para formar a quienes mantengan en funcionamiento su maquinaria de ganancias, tanto su operación como su justificación.

El sistema de capitalismo-imperialismo (¡esas palabritas!, ¡y esa realidad!) que domina a nivel mundial ha impulsado desde hace varias décadas la tendencia a la *privatización* de la educación en cuanto al financiamiento (desde la década de 1980 en América Latina hay más estudiantes en universidades privadas que en públicas) y a canalizar más abiertamente los *contenidos* en función de los intereses de la minoría que tiene las riendas. Así, se da forma a la mayor *elitización* de la educación.

Al enfoque neoliberal no necesariamente se le contrapone (en la educación y más en general) el «mal menor» del enfoque socialdemócrata, de «estado de bienestar», que añoran muchos de quienes justamente rechazan la privatización (y de pronto hasta la elitización) de la educación. En la juventud que se rebela contra las injusticias en este ámbito y en la sociedad en general debe estar presente que puede haber una solución revolucionaria, una verdadera solución, no solo para el futuro inmediato.

Ahí chocamos (sí, también por lo de chocante que han hecho ver esta solución) contra un enorme muro. Y ahí es donde entra en juego también la preocupación por los contenidos de la educación. Sí, lo de *calidad* de la educación no puede verse en términos de la eficacia en producir los engranajes de la maquinaria trituradora de gente. ¿La «solución» de mayor financiación en el mismo marco del sistema (dictada por el Plan Bolonia, la OEI, la OCDE, Unesco) es solución para qué, y para quién?

¿Pero es que puede haber otra solución? ¿Acaso no han sido un fracaso los intentos de construir otra educación (y ni hablar de otra sociedad)? Las respuestas a esto están limitadas por si hemos roto los límites del estrecho horizonte que permite ver la educación que han venido implantando. ¡Contra esto sí que es más justo rebelarnos! ¡Y rebelarnos más!

El muro contra el que nos estrellamos se ha construido por ladrillos hechos no solo por los recalcitrantes defensores del sistema... La derechización (fascistización incluida) que se viene dando en la sociedad (de Trump y Le Pen a Duterte, Bolsonaro y Uribe) no ha dejado incólume la universidad y la educación toda. Y esta también ha contribuido a la derechización, ayudando a legitimarla.

El anuncio de Duque de que promoverá la «educación gratuita de los estratos 1 y 2», pero virtual porque no quiere «una universidad que contamine el cerebro de los jóvenes y los convierta en idiotas útiles de filosofías fracasadas» (revista *Semana*, mayo de 2018) deja ver mucho. Con «ideologías fracasadas» Duque se refiere a lo que la extrema derecha yanqui y sus epígonos como Bolsonaro llaman «marxismo cultural», quejándose de la supuesta preponderancia en la academia de ideas revolucionarias. Pero no hay tal.

La embestida derechista se ha sentido con fuerza en los contenidos de la educación. Los veredictos sobre el «fracaso» de otro tipo de sociedad diferente al capitalismo son los que predominan. Duque bien lo hubiera podido aprender en un colegio o una universidad públicos si no se hubiera asistido al Rochester y a la Sergio Arboleda. Pero con eso de «ideologías fracasadas» también pudo hacer referencia a la solidaridad, el altruismo, la valoración de la ciencia, la búsqueda de la verdad...

Es urgente que amplíemos y elevemos las miras a luchar contra la elitización de la educación en todos sus sentidos... Eso nos exige sacar lecciones de las luchas anteriores no sólo del país sino de todo el mundo. Eso ya implica deshacernos de muchos de los fardos que han llevado a que las cosas estén como estén: el chovinismo, el individualismo, la superficialidad, la unilateralidad, el misticismo...

Es necesario conocer la historia, pero no tomando el pasado como sofá sino como trampolín. No es un llamado a repetir las experiencias del pasado, sino a hacer valoraciones serias (sí, con un enfoque científico), haciendo las rupturas necesarias con lo que era correcto o con lo que ya no corresponde realmente. Una ruptura importante es con la idea de que en la sociedad sigue una línea ascendente de progreso... hay épocas de oscurantismo y hay épocas de renacimiento, aunque no es «pendular». Estaríamos condenados a tropezar dos veces con la misma piedra, y con el mismo pie, si despreciamos la importancia de conocer la experiencia histórica, no tragando entero los veredictos acomodados a intereses económicos, políticos o de otro tipo. No hay «verdades políticas» ni «verdades de clase», ni «verdades etáreas» (lo de «no confíes en nadie de más de 30 años» de los años 60). Eso vale para la lucha de los estudiantes, de los jóvenes, o de cualquier lucha.

Sí, ¡lucha! No hay que temerle a eso. Ni a la controversia, ni a la polémica, ni al debate. Sí, hay que combatir la pereza de salir de nuestra zona de confort. La vida de los jóvenes, de los estudiantes debe ser rica en todo eso. Y la educación busca que se pueda luchar, controvertir, polemizar y debatir, con argumentos, informados. No basarse en la autoridad, en la tradición, en lo novedoso o antiguo de una práctica o idea, en si quien la plantea es «ajeno» o no, «externo» o no a un ámbito (¿los veterinarios pueden hablar de otros animales, los pediatras deben ser niños?). La lucha, la controversia, la polémica, el debate son muestra de respeto, de respeto al disenso y de respeto a quien disiente.

Pero en una sociedad basada en la explotación y la opresión, el estado tiene como columna vertebral los aparatos de represión (ejército, policía, tribunales, cárceles) para buscar perpetuarse. A la escuela buscan siempre ponerla a su servicio, pero en especial la universidad constituye un ámbito en el que la sociedad por lo general permite cierta libertad para que bullan ideas de todo tipo (aunque en los auges de la fascistización se legitime hasta el «crimen de pensamiento»). Pero los aparatos de represión para «mantener las cosas en su sitio» no están diseñados, ¡y armados!, para argumentar con la razón.

Los ataques policiales a los campamentos y a las marchas estudiantiles son repudiados. Es normal que en las marchas haya expresiones de rechazo, incluso violento, a expresiones de la opresión del sistema. Pero hay que tener en cuenta que, como siempre desde hace dos siglos (desde Fouché), son rutinarias en las protestas del pueblo las acciones de los agentes «provocateurs» para legitimar la represión. Para los aparatos represivos «no hay más razón que la del bastón», la del bolillo, y la bala. Y oponerle a esto los «abrazatones» y «besatones» es muestra de todo menos de racionalidad.

Esto también debería dejar lecciones. ¿Se ve claro por qué el presupuesto para represión es *mucho* mayor que para la educación *superior*? Lo que está en juego va más allá de la financiación, de que se subsidie la demanda en vez de la oferta, etc. Lo que está en juego es ¿para qué la educación?, ¿para quiénes?, ¿para ponerla al servicio de quiénes? Hace casi un siglo el pensador peruano José Carlos Mariátegui decía que la educación (verdaderamente) nueva solo puede venir con un orden (verdaderamente) nuevo. Y eso pudiera formularse como ¿bajo qué modo de producción estamos hablando de «solución»? Muchos reformistas bienintencionados objetan que no se puede esperar a encontrar el paraíso en otro mundo. Pero la cuestión es que no se puede estar en contra de que haya reformas bajo este «viejo orden», lo nefasto es adoptar el reformismo como método. Sí hay que lograr derechos y libertades hoy, pero no serán concedidos por benevolencia sino por la lucha. Y, sí, otro mundo mejor es posible. Otra sociedad completamente diferente y mejor es posible. Y eso debe ser motivo de debate, y lucha, entre estudiantes y maestros.



¿«Regreso a la normalidad»? (cartel de Mayo 68)